La Cueca Larga del 19

Evoca el nombre de esta cueca, el 19 de septiembre, el segundo en las grandes fiestas conmemorativas de la gesta de la emancipación de 1810. Es una variante de la Cuesta Clásica, y sólo se baila, o se bailaba cuando un gran regocijo conmovía al alma popular. No la distingue el ritmo, que es el mismo de las cuecas corrientes, pero sí, su estructura literaria y su intención sintetizadora del sentir definido del pueblo.

La Cueca Larga empieza como todas, con un pie de los clásicos de catorce versos: cuarteta, seguidilla y pareado o dúctico, y sigue con versos en forma de seguidilla, menos el estribillo que es de cinco sílabas. Este conjunto de versos constituye un pie de cueca casi tan largo como el clásico. Son diecinueve pies de cueca, es decir, diecinueve vuelos de cueca. La cueca es un baile muy agitado; de este detalle es fácil deducir que queda solamente bajo el dominio de la mojada llena de vida y por ende ansiosa de encontrar el goce en el amor y en la danza.

Pero aunque los deseos de bailar sean muy ostensibles, el baile, muy sostenido, fatiga horriblemente, y si los bailadores —pues la baila una pareja— no abandonan el campo porque cualquier desfallecimiento, echa sobre ellos críticas no muy caritativas y sorrisas de escasa cordialidad. Casi siempre esta cueca se la tocan a los bailadores impenitentes, que se atropellan por estar de concurso ante la expectación del público. Es como una prueba o castigo, práctica aconsejada al sentir de este pueblo muy irónico, que pasa la vida riéndose siempre de algo. Se rie con una seriedad tal que hace creer a los malos observadores que es un pueblo triste e indiferente. Voy a contar una anécdota pequeña:

Se hacía en un conventillo, o sea, una casa de vecindad, muy desolada como lo son en Chile las de los pobres, un 20 de septiembre de hace cuatroenta años, una gran fiesta para celebrar a los héroes de la patria, Septiembre es el mes de los Padres de la Patria; están presentes las banderas, el oro de las naranjas, las sonrisas de los jardines y de las mujeres. Vestidos de colores vivos como la juventud llevan las muchachas del pueblo que, ariosas son y decididas y también el encanto de flor de labios y la visión real de la vida en todas sus potencias. Las fanfarrias completan el cuadro con sus acordes guerreros que recuerdan hechos de esos que adornan las historias. En el conventillo se deseaba celebrar dignamente la Emancipación, con cohetes de colores y de estampido, con cazuelas de galinas, dulces de huevo, empanadas fritas, ponche en calé, chicha con naranjas, vino del tinto y del blanco y algún trago fino. Todo el vecindario del conventillo y de otros cercanos, famosos por el número y la alegría de sus habitantes y la condensación de sus muchachas se habían reunido para gozar ruidosamente. Bien ganada fama poseía el Conventillo del Diabó, y ese día echaría el resto.

Las chiquillas endiabladitas y propicias, las viejas un tanto cómplices y los muchachos más audaces que de costumbre, ponían la sal y la pimpinela en aquella fiesta eminentemente popular, en que las mesas bien provistas eran pródigas y buena la cordialidad que logró que la fiesta fuera sin distinciones de ninguna clase.

Cuecas van, cuecas vienen; de repente algún vals; corte el ponche, huyen las cazuelas apetitosas; las flores hacen su parte perfumada: hay como tableteos de alegría; hasta la risa se resuelve en la sonoridad de las carcajadas; hay abrazos sin rebosar y besos furtivos, declaraciones de amor y aca-

so futuros casamientos...

En esto llega Julio, llamado el hijo de rico por su bien vestir y famoso al baile popular: la cueca. En un momento quiere acaparar a todas las mujeres, bailar todos los bailes y ser, como siempre, el primero. Como si hubiera sido poco, aparece su algo es algo, el Bertita, otra bailadora incansable, y morena de prendas, de esas que el
diablo manda al mundo en sus días de más negras intenciones. Abusaron los muchachos, y, entonces el Mayordomo del conventillo hizo una imperceptible señal a las cantoras que se lanzaron sin dejarse advertir una vez más, con la cueca larga, entre los aplausos de todos y las caras mal intencionadas de más de uno. Firmes eran los bailadores; pero la Cueca Larga es... la Cueca Larga.

Empezaron bien, vivianos para el paso corrido, el paso picado y el escobillado. El Zapateado daba la idea de una fiesta de castañuelas, marcadas con el alma en los pies.

Gracioso y varonil, Julito, trazando los ochos, las medias lunas y pequeños arcos del dibujo de la danza. Viril y galante el muchacho; tierna, femenina, viviana como una pluma y magnífica tejedora de aranceos. Bertita, milagrosa con los pies y con la sieluta. El público, encantado, felices las cantoras. Tamborileaban con arte descubierto los ganadores de las tres mitades y los gritos semibárbaros de los actuadores surgían acordes con las cuerdas de las guitarras y la faena de los muchachos que florecían en sonrisas. Pero la cueca es larga y el delirio relativo. Diecinueve pies tiene la cueca; hay que dibujar mucho, mantener el donaire, hay que encender toda la juventud... Allá por la mitad de la competencia, de esa verdadera maratón de la danza, a Bertita le pasó la desgracia máxima: por causa de la transpiración se le fue desprendiendo el caramín y la buena capa de blanqueo asesorada por polvos del harem... Quedó, pues, su rostro encantador sin la alquimia necesaria, algo así como... como un murciélago. En cuanto a su compañero, que mucho había zapateado y exagerado el paso picado, le cogió el cansancio, llegando al final enteramente deshecho. La cabeza se le movía como si huiesiera estado desarticulada; sueltas las mandíbulas y los ojos de agonizante. Ella resistió bien, sin más contraste que el maldito maquillaje; su rostro —las mujeres son crueldad— estaba brillante de satisfecho alegria por haber podido dar cima valientemente a su prueba...

A Julito hubo que darle masajes y un buen trago de aguardiente de uva, y a ella, las amigas las picanas las condujeron frente al espejo...

Es fama que quien haya bailado alguna vez la Cueca Larga, no vuelve a bailarla en la vida.

Y la ironía... Una muchacha asistente a la referida fiesta, le decía meses más tarde al hijo de rico:

—Quíbúho, don Julio, ¿cómo le va...? ¿Se acuerda del bailécto aquel?
—Calle la boca, Llenita. A bailarla de nuevo prefería casarme con usted

Doy a continuación la letra de unas de las versiones de esta maravillosa y tremenda cueca. Y la voy a empezar con la cueca hípica, que vuelve loco al pueblo, que es amante de los caballos y de las apuestas, que en los jinetes tiene sus ídolos, y gusta más que de rezar y trabajar, hablar de hípica, de batatas y de las cosas raras que les hayan sucedido. Ahora hay que imaginar que empieza el canto y con él la danza. Repito, empiezo con la Cueca Hípica:

LA CUECA LARGA EN SU LETRA

Policarpo Rebollo
es el jinete mejor
con el Gringo Michael
no tienen competidor.

De los buenos jinetes
que van a Viña
me gusta Ramón Cerda
con Canchanligua.

Con Canchañligua, sí,
no hay quién le pegue
para los batatas
a Humberto Pérez.

También entra en batalla
Luchito Araya.

Luchito Araya, sí,
levamos una,
no se asuste, m'hijita,
una es ninguna.

Siga la danza
siga el valvén
la Cueca Larga
bájala bien.

No digas nunca,
niña, que sí,
y si te pescan
no acobardís.

No acobardís, ay, sí,
levamos dos,
mujer, marido, amigo
sólo son dos.
Siga la danza,
siga el vaivén,
la Cueca Larga
bállala bien.

Tápate, niña,
que se te ve
la pantorrilla...
la punt’el pie.

La punt’el pie, ay sí,
lllevamos tres;
esta es la Cueca Larga
de San Andrés.

Siga la danza, etc.

Ya viene el barco,
viene y se va,
los marineros
no bailan más.

No bailan más, ay sí,
lllevamos cuatro;
esta es la Cueca Larga
de San Torcuato.

Siga la danza, etc.

Es como un trompo
para bailar,
mi zamba linda,
mi Trinidad.

Mi Trinidad, ay sí,
lllevamos cinco,
esta es la Cueca Larga
de San Francisco.

Siga la danza, etc.

Ése es minero,
nadie como él,
baila la cueca,
ni da el querer.

Siga la danza, etc.

Ni da el querer, ay sí,
lllevamos seis,
¡Menéate, malasa,
gánalo a él!

Siga la danza, etc.

Ese soldado
faltando está,
el membrillazo
lo hará cantar.

Lo hará cantar, ay sí,
lllevamos siete,
en todos los negros
hay un metete.

Siga la danza, etc.

Te quiero, niña,
tú me querías,
cierro los ojos
dime que sí.

Dime que sí, ¡mi negra!
lllevamos ocho,
esta es la Cueca Larga
del Padre Mocho.

Siga la danza, etc.

Ella es muy flaca
y él es guatón;
ella sufriendo
toca el tambor.

Toca el tambor, ay sí,
no vamos en nueve,
y otras diez yueltecitas...
son diecinueve.

Siga la danza, etc.

No te confíes
en el amor,
si rompe a golpes
hasta el tambor.

Hasta él tambor, ay sí,
lllevamos diez,
si te encuentras cansada,
dale otra vez.

Siga la danza, etc.

El ratoncito
mete la cola,
se ríe mucho
quien lo enamora.

Quien lo enamora, ay sí,
lllevamos once,
la niña es de oro fino
el es de bronce.

Siga la danza, etc.
El ratoncito
do quiere queso,
la ratoncita
lo llama leso.
Lo llama leso, ay, sí,
llvamos doce,
después de la alegría
son los dolores.
Siga la danza, etc.
Las olas vienen,
las olas van,
más los amores
no vuelven más.
No vuelven más, ay, sí,
vamos en trece,
los que bailan son leones
que se merecen.
Siga la danza, etc.
¡Párese un poco,
qué dentro es el arado
de este señor!
De este señor, ay, sí,
yo van eatoee.
Aviva bien la cueca,
cara de adobe!
Siga la danza, etc.
Fue recio el aguaecro
ya se secó,
p ero mi linda rubia
se resbaló.
Se resbaló ay, sí,
llvamos quintee.
Atiende, ¡mi vallal
lo que te dice.
Siga la danza, etc.

Yo no quería
pero el porrió... 
y ¡vea, madre,
lo que salió!
Lo que salió, ay, sí,
van dieciisís.
¡Afirmarse, gallitos,
ya faltan tres!
Siga la danza, etc.
¿Qué quiere, guasa?
¿quere mi amior?
Un marinero
se lo llevó.
Se lo llevó, ay, sí,
van diecisei.
¡Qué bien baila la cueca
u pretcadena!
Siga la danza, etc.
Mamita linda,
dejene ir... 
¡Usté no sabe
cúanto le di!
Cuánto le di, ay, sí,
va van dieciocho.
¡Esta es la Cueca Larga
de San Ambrosio.
Siga la danza, etc.
Ya me ha cansado
tanto tocar:
Ellos nacieron
para bailar.
Para bailar, ay, sí,
van dieciocho.
Se fue la Cueca Larga
del Dieciocho.
Siga la danza,
siga el vaiven, etc.

Págs. 19 a 22.